

LA ETICA EN LA BASE DE LA TEORIA DE LA CIENCIA DE MAX WEBER

Darío Botero Uribe

“La razón debe acudir a la naturaleza llevando en una mano sus principios, según los cuales tan solo los fenómenos concordantes pueden tener el valor de leyes, y en la otra el experimento, pensando según aquellos principios; así conseguirá ser instruída por la naturaleza, mas no en calidad de discípulo que escucha todo lo que el maestro quiere, sino en la de juez autorizado, que obliga a los testigos a contestar a las preguntas que les hace”

Kant

Max Weber construye la teoría de la ciencia, de la científicidad (*Wissenschaftstheorie*) apoyándose en la teoría del conocimiento kantiana, que distingue dos esferas o campos del conocimiento claramente delimitados: primero, la ciencia natural, ciencia por autonomía para Kant, en la cual la nota definitoria esencial es la aplicación de la causalidad, a la cual Kant da un fundamento a priori para conferirle una validez apodíctica, que le permita contrarrestar la relativización a que la había sometido David Hume; segundo, el mundo de la libertad, en el cual Kant engloba los llamados conocimientos prácticos o realizaciones de la voluntad, la moral, el derecho, la política, conjunto de conocimientos que no desmerecen en importancia, pero que en la teoría kantiana no figuran como ciencia. La característica distintiva fundamental de este subconjunto de la esfera de la libertad es la causalidad por libertad. La causalidad por libertad es aquella en que el hombre actúa libremente, es decir, con independencia de las leyes naturales, de la causalidad natural; el hombre mediante su querer, libremente produce un hecho del cual él ha sido la causa, el motor, el verdadero y único productor, ese hecho no estaba previsto en la causalidad natural. Kant es por esta razón un determinista, pero un determinista relativo; un determinista absoluto se ve precisado lógicamente a negar la libertad, y Kant por el contrario, es un teórico de la libertad, quien proporcionó el fundamento teórico tal vez definitivo de la libertad humana. Pero si bien ese hecho que el hombre produce, considerado como decisión de la voluntad, como querer es un acto libre, considerado como realización praxeológica es un hecho que necesariamente se incorpora a la causalidad natural. Esta sutileza que es como todo el pensamiento

kantiano de una profundidad y un rigor asombrosos, es la peculiar manera kantiana de pensar la tan compleja relación hombre-naturaleza y de armonizar –lo cual se ha logrado muy pocas veces– la libertad con la causalidad científica.

Para considerar el hecho de que Kant sólo discernía el carácter de ciencia a las llamadas ciencias naturales y negaba el carácter de científicidad a ese conjunto de conocimientos que hoy conocemos como ciencias humanas, ciencias de la cultura o ciencias sociales, hay necesidad de ubicar históricamente el problema.

Kant escribe en el siglo XVIII y muere en los albores del siglo XIX (1804), cuando aún no se había acordado estatuto científico a ninguna de las disciplinas de las ciencias históricas o sociales. El marxismo por una parte, y por la otra, el positivismo, casi simultáneamente a mediados del siglo XIX, con el desarrollo de la economía política y de la sociología, plantearían desde distintos ángulos el problema de la científicidad de la ciencia social. El positivismo plantea un reduccionismo de la ciencia social a la ciencia natural. La incipiente ciencia cultural debía adoptar los patrones y el método de la ciencia natural. El marxismo, por su parte, pese a mostrar la especificidad de la sociedad, basándose en el carácter del trabajo y en la gran importancia que tiene la naturaleza como substrato de la teoría económica de Marx, plantea la unidad de la ciencia, lo que podríamos llamar, aludiendo a algunas expresiones de Marx, una ciencia histórico-natural. Marx postula una legalidad social similar a la legalidad natural.

Para Kant, en la esfera de conocimiento de la ciencia natural se realiza a través de los juicios sintéticos a priori una síntesis entre la experiencia, por un lado, y por otro, el entendimiento y la razón. Esta característica síntesis kantiana le permite superar el empirismo, en cuanto ahora es posible postular verdades de carácter universal y a su vez le posibilita superar el racionalismo puramente especulativo, en cuanto sólo se confiere estatuto de conocimiento científico a aquel que comien-

za con la experiencia. En la esfera de la libertad, se produce el obrar incondicionado. De otra manera, para Kant, el campo natural es el de la legalidad, mientras el campo social es el de la libertad u obrar incondicionado. El neokantismo alemán, precisamente el de Baden (Friburgo y Heidelberg), interpreta la esfera de lo condicionado y la esfera de lo incondicionado, en términos de ser y deber ser basados en el primado kantiano de lo incondicionado, el deber ser se convierte en fundamento del ser. Los neokantianos dan un paso más al proponer una interpretación de las ciencias sociales, como campo del deber ser en términos de valor.

Los neokantianos alemanes Dilthey, Windelband y Rickert, mediante la crítica de las posiciones positivistas, se proponen fundamentar el conocimiento científico del mundo humano, rompiendo con la dependencia positivista del mundo natural, poniendo énfasis en la diferencia de métodos y en la especificidad del mundo histórico del hombre.

Para legitimar la autonomía científica del mundo histórico humano respecto de la ciencia natural, recurren a los valores. Los valores van a permitir escindir radicalmente el mundo humano del mundo natural. La relación particular de los valores con los hechos va a producir una separación metafísica entre las dos esferas del conocimiento. El problema de los valores consiste en que son una especie de entes metafísicos. Windelband y Rickert niegan el carácter entitativo de los valores que fungen como supuestos de hechos científicos pero que no se confrontan con rigor, como sucede con los procesos científicos propiamente dichos.

La escala valorativa se constituye por sí y ante sí en un foso metafísico que rehuye el problema, en vez de afrontarlo, es decir, crea dos entes autónomos en vez de buscar las mediaciones entre la naturaleza y la sociedad, o más propiamente entre el conocimiento científico de la naturaleza y el conocimiento científico de la sociedad. Sobre este particular anota Cerroni: “De un lado la fijación de la especificidad histórica del hombre incita al rechazo del conocimiento intelectivo (de la explicación), mientras que, por otro, este mismo rechazo induce a reconsiderar con mayor benevolencia la postulación de una escala trascendental de valores, cuya elección es substancialmente ajena a razones científicas propiamente dichas”¹.

1. Umberto Cerroni: *Introducción a la Ciencia de la Sociedad*. Editorial Grijalbo. Barcelona, 1978, págs. 44-45.

La clasificación de Dilthey entre ciencias naturales y ciencias del espíritu parte de la diferencia del objeto; Windelband y Rickert por su parte hablan de ciencias naturales y ciencias culturales, fijando la diferencia en el método. Frente al conocimiento nomotético o legal de la ciencia natural se plantea el carácter singular o individualizante del conocimiento de las ciencias culturales.

En este contexto aparece Max Weber como teórico de la ciencia influido por Windelband y especialmente por Rickert. Weber hereda de estos pensadores los criterios de distinción de la ciencia cultural respecto de la ciencia natural y así mismo la problemática de los valores, pero como señala Pietro Rossi: “Max Weber intentará aportar contribuciones en este punto concreto mediante la elaboración de una metodología del conocimiento social capaz de sustraerse a la perspectiva metafísica y de utilizar en la reconstrucción histórica conceptos y tipos sacados de la misma materia que se intenta conocer”².

Sólo en la perspectiva kantiana, cuando se ha problematizado el conocimiento, cuando se ha superado el naturalismo y el empirismo surge, como ocurre con Weber, la pregunta por el sentido. Una epistemología que sigue las huellas de la Revolución Copernicana renacentista, de los descubrimientos metodológicos de Leonardo da Vinci, de Galileo.

Así se expresaba Leonardo: “Oh investigador de las cosas, no te jactes de conocer las cosas que ordinariamente la naturaleza lleva a cabo por sí misma; pero alégrate de conocer el fin de aquellas cosas que son diseñadas por tu mente”³. Como es sabido, Kant en la *Critica de la Razón Pura* es quien elabora teóricamente, de un modo completo y articulado, esta nueva perspectiva del conocimiento humano. Para Kant, el conocimiento científico parte siempre de la experiencia, la cual entra en una síntesis compleja con el elemento subjetivo que aporta el sujeto cognosciente. Lo que da esa característica de equilibrio a la formulación kantiana, prácticamente insuperada, es la intransigencia en sostener la aportación de la experiencia en la formación del conocimiento científico, con lo cual defenestría el influjo de la metafísica en la ciencia, pero por otra parte, el privilegio del elemento subjetivo en la composición del conocimiento

2. Cita libre que efectúa Cerroni. Op. cit., pág. 48.

3. Citado por Rodolfo Mondolfo en *Figuras e Ideas de la Filosofía del Renacimiento*. Editorial Icaria, Barcelona, 1980, pág. 27.

científico, que entra en la síntesis a través del espacio y el tiempo en la intuición empírica y, posteriormente a través de las categorías que permiten pensar esa intuición y, por lo tanto, avanzar en la formación del conocimiento conceptual. Estos elementos que entran a priori a fundirse con la experiencia, son aportados por el entendimiento y, finalmente, por la razón. A través del elemento subjetivo logra Kant otorgar los caracteres de necesidad y universalidad al conocimiento científico, es decir, posibilitar filosóficamente la formulación de leyes científicas. Pero aparte de este aspecto que constituye de por sí un aporte definitivo al desarrollo de la ciencia y que le es generalmente reconocido a Kant, hay otra implicación igualmente que se deriva de la inmersión de la razón subjetiva en el conocimiento científico, pero que es un elemento menos observado y también menos comprendido, pero que es precisamente el que nos interesa destacar para poner de presente las bases filosóficas de la teoría de la ciencia de ese gran pensador kantiano, Max Weber. Se trata de los presupuestos lógicos y psicológicos de todo conocimiento, es decir, las preguntas que el investigador formula, las necesidades de orden práctico que se busca solucionar, la mirada preconstitutiva, todo ese complejo de elementos subjetivo-objetivos que podemos llamar la racionalidad histórica. Este elemento adquiere una connotación nueva en el camino que va de Kant a Weber. Como Kant sólo aceptaba la científicidad de la ciencia natural precisamente porque sólo en ella se podía dar la síntesis subjetivo-objetiva, racional-empirista, en la época de Kant sólo la ciencia natural era una ciencia empírica. En este caso, explicitar el elemento subjetivo en el conocimiento científico sólo tenía el interés, por lo demás bastante importante, de comprender las condiciones lógicas y epistemológicas del desarrollo científico, lo cual permite superar de una manera acabada el naturalismo y el materialismo vulgar que suponen la existencia de condiciones lógicas inmanentes en la realidad exterior. Y que si pensaran el problema hasta el final tendrían que admitir la existencia de un demiurgo o de una divinidad trascendente que introduciría en la realidad extrahumana esas significaciones, pero como precisamente el naturalismo y el materialismo vulgar lo que se proponían era pensar una ciencia atea, han incurrido en una contradicción insoluble para ese materialismo chato.

Pero la explicitación del elemento subjetivo en la ciencia cultural o social ahora constituida como ciencia empírica, el caso de la sociología en Weber, se convierte en un desvelamiento del sentido.

Weber no se oponía a los juicios de valor en la ciencia, sabía que eran inevitables, pero exigía por parte del científico o del investigador que los pusiera de presente. La insistencia weberiana en el elemento subjetivo, que proviene evidentemente de la gnoseología kantiana y sólo dentro de ella puede ser entendido correctamente, para evitar los equívocos a que da lugar frecuentemente la utilización de una condición subjetiva en la ciencia, que no tiene nada que ver, como parecen intuir los objetivistas a ultranza, con el subjetivismo, es decir, con una actividad caprichosa y arbitraria. Así se expresaba Weber: “La validez objetiva de todo saber empírico descansa en esto y sólo en esto: que la realidad dada se ordene según categorías que son subjetivas en un sentido específico, en cuanto representan el presupuesto de nuestro conocimiento y están ligadas al presupuesto del valor de aquella verdad que sólo el saber empírico puede proporcionarnos”⁴. En la gnoseología weberiana como en la kantiana que le sirve de modelo, la realidad natural en Kant, ahora en Weber también la social, la realidad, digo, es un conjunto caótico del cual el investigador o el científico toma algunos elementos fenoménicos que ordena de acuerdo con un conjunto de valores. Esos valores configuran los presupuestos del conocimiento, las motivaciones, las razones de orden práctico, los intereses, todo ese conjunto de elementos de la subjetividad que preexisten a todo trabajo científico y que lo explican o contribuyen a explicarlo. Así señalaba Weber que “El único resultado de cualquier intento serio de conocer la realidad sin presupuestos” sería un caos de “juicios de existencia” acerca de innumerables percepciones particulares⁵. Weber, hay que advertirlo, utiliza todavía el concepto valor tomado de los historicistas alemanes, aun cuando se esfuerza por despotenciar el contenido metafísico que tenía el concepto en Ricker. Weber llamaba al valor ese “hijo del dolor” de la sociología que sólo puede adquirir un sentido unívoco como concepto típico-ideal. En su ensayo sobre la neutralidad valorativa, se refiere Weber a la esterilidad del debate en torno a las valoraciones en las ciencias culturales y a los incontables malentendidos a que daba lugar y aún más, las inauditas objeciones que se hacían a su obra en este sentido, cuando sus críticos pretendían reprocharle no tener en cuenta algunos aspectos de la inteligibilidad de la ciencia, que precisamente Weber enfatizaba explícita-

4. Max Weber: “La Objetividad” cognoscitiva de la ciencia social y de la política social, incluido en *Ensayos sobre metodología sociológica*. Amorrortu Editores. Buenos Aires, 1978. pág. 99.

5. Ibidem, pág. 67.

mente. Conviene citar la respuesta de Weber para tratar de aclarar un tema que sigue siendo fuente de errores e incomprendiciones: "Como ya indicamos, es indudable que estas discusiones se refieren, en nuestras disciplinas, a valoraciones prácticas de la deseabilidad o indeseabilidad de hechos sociales desde puntos de vista éticos, culturales o de otra índole. A pesar de lo dicho, se han planteado con toda seriedad las siguientes "objeciones": la ciencia se esfuerza por alcanzar resultados "provistos de valor", es decir 1) correctos desde el punto de vista lógico y con referencia a los hechos, y 2) importantes en el sentido del interés científico; además, la selección del objeto ya implica una "valoración"⁶.

El reconocimiento de la importancia del elemento subjetivo en la constitución del conocimiento científico va a permitir a Weber realizar en el campo social una síntesis kantiana entre el material empírico y los presupuestos sociales, éticos, culturales. Para esta epistemología no es posible conocer la realidad como ella es en sí misma –reproducir la realidad, como dicen algunos, es algo carente de sentido. Si bien plantea la exigencia de un riguroso trabajo empírico, no olvida que la realidad es un constructo, construcción lógica que elaboramos para cada caso, mediante la selección de elementos empíricos incorporados en un cuadro racional, es decir, conceptual o teórico. Para precisar el sentido de la ciencia y apabullar las ilusiones científicas, comenta Weber: "El destino de una época de cultura que ha comido del árbol de la ciencia consiste en tener que saber que podemos hallar el sentido del acaecer del mundo, no a partir del resultado de una investigación, por acabada que sea, sino siendo capaces de crearlo; que las "cosmovisiones" jamás pueden ser producto de un avance en el saber empírico, y que, por lo tanto, los ideales supremos que nos mueven con la máxima fuerza se abren camino, en todas las épocas, sólo en la lucha con otros ideales, los cuales son tan sagrados para otras personas como para nosotros los nuestros"⁷.

Weber fue un científico que defendía vigorosamente la objetividad de la ciencia, pero no entendida como una asepsia de los elementos no empíricos, sino como una explicación de éstos y un reconocimiento de su alcance. Hay necesidad de puntualizar que para Weber la ciencia social también es universal y sus resultados son de una vali-

dez general. El componente subjetivo que Weber había estado en capacidad de aceptar como integrante de la ciencia serían aquellas tendencias generales de la civilización, el racionalismo, la libertad, la democracia y no simplemente la racionalización de intereses, aun cuando esto debemos decirlo es inevitable en el trabajo científico, pero desde luego la objetividad es un ideal y no una condición real –en el sentido de una condición que pueda alcanzarse siempre o en la mayoría de los casos– del trabajo científico.

En *Economía y Sociedad* refiriéndose a la teoría de las categorías sociológicas, sostiene Weber que el sentido en las ciencias empíricas sociales, la sociología y la economía, no significa sentido "objetivamente justo", o sentido "verdadero fundado metafísicamente", si no más bien comprensible, podríamos decir también racional⁸. Weber acepta, pues, las limitaciones de la ciencia empírica, con gran ascetismo, en el sentido de fijarle los límites, pero al mismo tiempo postula en forma igualmente kantiana la necesidad y prácticamente la obligación del científico social de postular una cosmovisión que ofrezca el sentido de una época y de una civilización. Este sentido ético fundamental, en el caso de Weber la defensa de la razón, de la libertad, de la democracia y de otras ideas menos universales, el patriotismo alemán y el liberalismo político⁹, actuaron como el motor, como una especie de ideas reguladoras de su impresionante labor científica. También Bendix documenta que Weber escribió *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo* para comprobar su tesis en torno a la racionalidad capitalista¹⁰.

Más lejos, podríamos aún sostener que el elemento subjetivo que actúa como una especie de forma racional configuradora de la teoría es fundamentalmente un elemento ético, la sociología está signada por la ética del investigador que formula las preguntas. De nuevo tenemos que decir que tal vez Weber hubiera podido aceptar esta conclusión, pero con seguridad se hubiera negado a aceptar que esa presunta ética fuera una simple racionalización de intereses. Weber como un eminente kantiano –perdóneseme la insistencia– pro-

6. Max Weber: "El sentido de la 'neutralidad valorativa' de las Ciencias Sociológicas y Económicas". Edición citada. Pág. 231.

7. Max Weber: "La Objetividad cognoscitiva de la ciencia social y de la política social". Ed. Cit. pág. 46.

8. Max Weber: *Economía y Social*. Fondo de Cultura Económica. México, 1969. Vol. I., "Teoría de las Categorías Sociológicas", pág. 6 y ss.

9. Puede consultarse a este respecto el erudito estudio de Reinhard Bendix, Amorrortu Editores. Buenos Aires, 1979, especialmente el capítulo I, Orientación de una carrera y una personalidad.

10. Ibidem, Cap. 3.

clama los imperativos éticos como reguladores de la actividad científica, como algo necesario y esencial en la vida de la sociedad, con una sola condición, la de guardar la más escrupulosa objetividad en el análisis del material empírico, en su valoración –punto problemático– y en las conclusiones correspondientes.

En la *Etica Protestante y el Espíritu del Capitalismo*, comentando un escrito de Benjamín Franklin, Weber trae a colación la mofa que le hace Ferdinand Kurnberger a la ética de esos burgueses. Es conveniente citar in extenso para examinar las observaciones de Weber: “Insistamos todavía en ese pasaje, cuya filosofía resume Kurnberger diciendo que ‘de las vacas se hace manteca y de los hombres dinero’ y veremos que lo característico de esta ‘filosofía de la avaricia’ es el ideal del hombre honrado digno de crédito y, sobre todo, la idea de una obligación por parte del individuo frente al interés –reconocido como un fin en sí– de aumentar su capital. Efectivamente, aquí no se enseña una simple técnica vital, sino una ‘ética’ peculiar, cuya infracción constituye no sólo una estupidez sino un olvido del deber; y observándose que esto es algo rigurosamente esencial. No sólo se enseña la ‘prudencia en los negocios’ –cosa que no hay quien deje de proclamar–, es un verdadero ethos lo que se expresa y justamente en esta cualidad es como nos interesa”¹¹.

Para formarse una idea de la importancia capital que Weber confiere a la ética como idea reguladora de la ciencia, no habría más que examinar la elaboración de los conceptos de la legitimidad o ilegitimidad de las formas de dominación y el impresionante aparato documental e histórico que dedica a los mismos en su obra fundamental *Economía y Sociedad*. Estos conceptos éticos de Weber han tenido una influencia perdurable en la Escuela de Frankfurt y son hoy un elemento central de la teoría política.

Merleau –Ponty observaba en *Las Aventuras de la Dialéctica* que en Weber la teoría metodológica está retrasada respecto del trabajo empírico. Representa el filósofo francés que Weber no hubiera elaborado teóricamente todos los hallazgos metodológicos que se encuentran en una obra tan ex-

tensa y fecunda como la de este filósofo y sociólogo alemán. Esta reflexión nos indica la cautela que debe tenerse para formular juicios críticos sobre Weber. Umberto Cerroni refiriéndose no sólo a Weber si no a todo el movimiento kantiano y al propio Kant deja abierto el interrogante –sólo como interrogante– de si no se daría en Weber y el kantismo una curiosa evolución del racionalismo antidiogmático y antimetafísico al irracionalismo. Como Cerroni no aduce ninguna prueba, tal parece más bien una condición ideológica que una conclusión científica¹².

De todos modos, nos parece que esa presunta involución de Kant hacia el irracionalismo no puede demostrarse, pues si bien Kant en la crítica de la razón teórica destroza la metafísica y en el ámbito incondicionado de la razón práctica la reintroduce, mostrando los límites rigurosos de la ciencia, lo que hace Kant es mostrar el ámbito de las creencias, mitos, en una palabra de la ideología que corresponde a la civilización y que por más que se extiende la ilustración si consideramos el conjunto de los hombres es prácticamente insuperable. Por otra parte, es imposible negar que Kant es uno de los pensadores que más han hecho por extender el dominio de la razón. En lo que respecta a Weber, es muy claro que éste utiliza una razón limitada, como él mismo lo advierte en *Economía y Sociedad*¹³; no sé hasta qué punto las limitaciones sean debidas a la importancia que se confiere a la empiría y hasta qué punto a los peligros para la civilización que se perfilaban ya en los últimos años de la vida de Weber, quien murió en 1920. Pocos años después, ascendería al poder el nazismo con las trágicas consecuencias históricas que originaría.

11. Max Weber: *La Etica Protestante y el Espíritu del Capitalismo*. Ediciones Península. Barcelona, 1979. pág. 45. En el mismo sentido puede consultarse *El Científico y el Político*. Alianza Editorial. Madrid, 1975, pág. 163, lo relativo a la Etica de Convicción y a la Etica de Responsabilidad.

12. Umberto Cerroni. Op. cit., pág. 49.

13. Max Weber: *Economía y Sociedad*. Ed. cit. pág. 7.

Dario Botero Uribe. Escritor colombiano. Profesor de la Universidad Nacional. Autor de *El estado y la ideología*.

